

LA DEVOCION MARTIANA DE JOAQUIN GARCIA MONGE

Mario Oliva

Estas páginas andan lejos de hacer justicia a García Monge, en cuanto a su aporte al conocimiento y divulgación del ideario martiano entre los americanos y particularmente entre hombres y mujeres de su país, en los primeros sesenta años de este siglo. Estas primeras líneas, son posibles, porque habrá que recordarlo, don Joaquín García realizó esfuerzos para divulgar la importancia de José Martí en la conciencia americana. Parte de ese trabajo son las páginas maestras que dedicara a Martí: «Martí en Costa Rica» y «Un amigo de los niños» (García Monge, 1942: 60-64 y 1953: 151). Tampoco podríamos eludir incontables anotaciones que hiciera y que se encuentran dispersas por toda su obra escrita, en sus discursos, conferencias, propaganda y obra educativa.

Notables diferencias se pueden apreciar en la difusión y asimilación de las ideas de Martí, que se produjo en el siglo XIX. La recepción decimonónica, contó con la penetrante influencia que ejercieron las dos visitas de José Martí a nuestro país. La primera de ellas en 1894, por una semana, y la segunda en 1893, cuando su estancia se prolongó por dos semanas. Esta última, a menos de un año de su muerte en combate. Para libertar la isla caribeña

emprendió una campaña fundadora y germinal como preparación a la guerra, fundó clubes revolucionarios de solidaridad y asumió la organización de futuras expediciones insurreccionales que saldrían desde la costa atlántica costarricense.

Martí era un orador de indiscutible valor, su manejo del idioma, su elocuencia, deslumbró a los cientos de costarricenses que lo escucharon en San José al dictar una conferencia en la Escuela de Derecho. En un almuerzo que en su honor le brindaron intelectuales y hombres públicos en el Gran Hotel, en Cartago, en el Club Punta Brava, donde también encontró un nutrido auditorio. Puntarenas pronunció algunas palabras en el muelle a la orilla del estero, cuando asistió al botadero de una embarcación. Allí participó en el Té de los «Patacones» en casa de Deidemia Castro Harle, así como en reuniones secretas que sostuvo con sus compatriotas cubanos entre los que se encontraba Antonio Maceo y Flor Crombet.

En tierras costarricenses, Martí planteó con toda claridad los peligros que se avecinaban para la América Una y que al poco tiempo se conocieron con el nombre de Imperialismo. En carta a Pío Viquez fechada 8 de julio de 1893 antes de su primera partida dijo: «...recordaré siempre la bondad con que Costa Rica ha premiado en mí, viajero humilde y silencioso, el amor y la vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, hemos de mantener esta América nuestra, sorprendida en su cuenta gestión en los instantes en que por sus propias puertas muda de lugar el mundo...» (Martí, 1893:4).

Inmediatamente después de su muerte, por toda la geografía nacional, costarricenses, centroamericanos, sudamericanos y migrantes cubanos radicados en el país constituyeron un amplio movimiento social y cultural, heterogéneo en su composición, pero uno en sus objetivos, para apoyar la lucha por lograr la libertad de Cuba del Coloniaje Español. Su veta revolucionaria, fue sin duda, la que más arraigo tuvo en el siglo pasado. Sin embargo no incluía ella todos los valores de su avasallante personalidad. Habría que esperar el nuevo siglo y con él la llegada de un grupo de jóvenes

intelectuales que retomara el ideario martiano desde múltiples vertientes y destacaron las facetas de pensador, escritor, poeta, aunque sin descuidar la de hombres de acción. Entre ellos encontramos a Omar Dengo, Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, Carmen Lira, Lilliam González, Mario Sancho, Carlos Luis Sáenz, Octavio Jiménez, entre otros muchos.

No sabemos en forma precisa, cuándo entró en contacto, don Joaquín, con los escritos de Martí, lo cierto es que a inicios de la segunda década del siglo veinte ya lo estudiaba, lo que le permitió conocer y comprender su pensamiento y su obra.

En 1914 publica, don Joaquín, en la colección Ariel, una selección de «Ismaelillo», de los «Versos Sencillos» de «Versos Libres», donde explica en una breve nota el motivo de la publicación: «Se han seleccionado estos versos de los volúmenes XI y XII de las obras de Martí, compilados por Gonzalo Quesada con una devoción sincera e inalterable, digna del elogio y la gratitud de la América que estudia y piensa». (García Monge, 1914: 1). La edición contiene un prólogo de Roberto Brenes Mesén, quién en poco más de veinte páginas discurre magistralmente en la obra y vida de Martí.

Este texto prácticamente desconocido, de Brenes Mesén, descubre virtudes mayores de su letra poética y desde su inicio hace invitación y confiesa al maestro:

«Poeta venga a mí porque así le amo; porque cada poesía suya es palmera en flor y árbol de sándalo para los bosques de mi alma; porque es despeñado torrentes de sierra su niagarada elocuencia; porque es plata de manantial en valle..., bajo el rumor del álamo, la voz de su Piéride encantada, porque un genio bello, en arreos de arcángel, guarda a la puerta del edén de su alto sagrado y sellado para pies profanos, la entrada a los más; y a poder de impetrar y imprecar, benigno me ha sonreído el genio y me ha conducido hasta la fragua de oro, en donde a la luz y a ritmo elaboró Martí». (Brenes Mesén, 1914: 3).

Y capta otra parte indisoluble del poeta del escritor, el de luchador y agrega:

«Poeta, venga a mí, porque fue oda a la libertad su vida y canto heroico su morir en campos de batalla...» (Ibidem 4).

La devoción martiana de Joaquín García Monge, lo lleva a iniciar una relación epistolar con destacados martianos cubanos. Por esa concordancia consigue del Dr. Arostegui, un ejemplar de la «La Edad de Oro», obra que Martí había escrito para los niños de América y que había sido publicado en 1889 en la ciudad de Nueva York. Son bien conocidas hoy como apunta Mirta Aguirre en las ideas básicas de la «Edad de Oro» de Martí, encontramos:

1. Formar hombres de criterio independiente.
2. Firmes en sus ideas pero comprensivo con las de los demás.
3. Que conozcan la vida con sus verdades; vivir es actuar, conocer, fundar, construir, aunque la recompensa tarde en llegar.
4. Que deben saber que la desunión es uno de los mayores peligros, sobre todo ante el naciente imperialismo.
5. Hay que querer a la tierra en que se nace con ternura, y con fiereza hay que defenderla con todo y como un guerrero. (Citado por Arias, 1987:14).

Bajo estas concepciones y con la convicción de que a los niños debe ofrecérseles buenas lecturas; don Joaquín García Monge, se da a la tarea de publicar «La Edad de Oro», en 1921, que se convirtió en la primera edición americana. A los pocos días de su publicación, la obra circulaba entre los niños, sus depositarios naturales. En el Instituto de Alajuela la maestra Adela Salazar reportaba su lectura entre alumnos de primer año.

Don Joaquín comprendió que de los sentimientos de José Martí, su ternura hacia los niños es uno de los más hermosos. Mucho quiso a los niños de América, mucho pensó en el problema de su educación, ofreció a los

niños de América su preciosa Edad de Oro, como recreo e instrucción, lecturas sin pedantería, pero significativas e inspiradoras.

Joaquín García Monge, fue al igual que Martí un pedagogo intuitivo que gustaba acercarse a los niños. Su presencia era frecuente en cualquier escuela costarricense. Una de sus visitas es descrita por una de sus más fervientes discípulas, Adela Ferreto: «...» Lleva bajo el brazo, un cuadro que desenvuelve con amoroso cuidado. Es uno de los retratos que lo acompañan en su sala de trabajo. Uno de sus Santos: Martí, Lincoln, Sarmiento, Bolívar, Washington, San Martín. Hablaba a los niños sin añamamientos falsos, artificiales. Sintetizaba sus lecturas, hablaba de los próceres de América, también de Costa Rica» (Ferreto, Adela).

La edición costarricense de: «La Edad de Oro», de 1921, fue elogiada en Cuba, el diario El Mundo de la Habana, expresó: a la biblioteca de El Convivio que se edita en San José de Costa Rica, bajo la dirección del señor Joaquín García Monge, se debe el que se haya reeditado «La Edad de Oro» que estaba agotada y lo que es más importante el que los niños cubanos tengan la oportunidad de instruirse con las amenas y educativas lecciones del maestro.

Don Joaquín García Monge, sabía que para los niños había que trabajar sin cansarse, y por eso emprende una tarea mayor y original: entre 1925-1930, con el nombre de La Edad de Oro y bajo la influencia martiana publica varios libros de 160 páginas cada uno con lecturas para niños, incluyendo seis con lecturas para jóvenes y como suplemento de Repertorio Americano. Don Joaquín no tuvo sosiego, porque para él, los libros renuevan al hombre, sus ideas o ideales, y con ello crece, a tiempo que también crecerá la patria. Atento al devenir y a los aportes de variadas ideologías, de quehaceres útiles y artísticos de todas latitudes, pero también de su tierra, incluye autores nacionales, centroamericanos, del Sur, y del Norte del continente.

Esta producción permite conocer la estrategia pedagógica que don Joaquín propuso para la educación de niños y jóvenes.

La Edad de Oro fue un noble modelo que propició en Costa Rica, el desarrollo de una tendencia ejemplar y multiplicadora de las revistas para niños y de la Literatura Infantil hasta nuestros días. Haremos, sin embargo sólo un acercamiento a aquellas publicaciones sobresalientes y meritorias.

Entusiasmados por dar a conocer a los niños literatura de valor permanente, según el ejemplo de Martí, Lilia González, educadora eminente y Carmen Lira, publicaron «San Serlerín», la primera revista con orientación moderna ofrecida en el medio.

Su primera época data de 1912-1916, fueron publicados 22 números y su edición era bimensual, se vendió a 25 centavos. Esta revista tuvo una segunda época en 1923, cuando don Joaquín García Monge aparece como coeditor. Esta revista circuló por todos los rincones del país; donde los autores y sobre todo Carmen Lira, al igual que Martí, escribe y adapta muchas de las narraciones que en ella aparecen.

De 1947 a 1957, algunos maestros de la ciudad de Heredia, publicaron otra revista infantil de carácter nacional, su nombre: «Famolito». Su directora fue Evangelina Gamboa y la administración estuvo a cargo de Angela Sáenz y Emma Gamboa. En sus páginas podemos encontrar pensamientos, cuentos, dibujos y poemas tomados de la «Edad de Oro» y de la obra de José Martí.

En los años treinta, Carlos Luis Sáenz y Adela Ferreto alegraron a muchos niños con su revista «Triquitraque». Más cerca de nosotros en los años ochenta emergieron los trabajos de acopio y sistematización de Elías Zeledón, hoy vitales para la historia cultural popular costarricense. En 1989 recoge cuentos y leyendas costarricenses y edita mimeografía de «La Edad de Oro». A esta edición precedió una de la Editorial Costa Rica prologada por Víctor Julio Peralta, con un tiraje de cinco mil ejemplares.

También debe destacarse la labor del escritor Alfonso Chase, quién publica en 1991 una «Antología de Poemas», para niños y jóvenes, de lengua española, bajo el título del conocido poema de Martí «Cultivo una Rosa Blanca».

La tradición literaria de carácter martiano se prolonga hasta nuestros días con las bellas ediciones que publica la Fundación San Judas Tadeo de la revista «**Cuenta que te Cuento**», y la reedición de la Edad de Oro de Martí en 1993. Esta tradición contó con versiones radiales como «**La Hora del Cuento**», «**El Rincón de los Niños**», su influjo llegaría hasta México en los años setenta, donde se creó un programa dirigido por Rocío Sanz, en Costa Rica Carlos Luis Sáenz, realizó una labor semejante.

Además, instituciones culturales como las escuelas, colegios, universidades populares, centros de estudio, tertulias, bibliotecas populares, etc., fueron espacios que permitieron la circulación y consumo de las ideas martianas.

Pero volvamos a los trabajos y los días de don Joaquín, en 1919 disertó ante un grupo de profesores de español de la Universidad de Columbia, acerca de cómo habían visto a los Estados Unidos, Sarmiento y Martí. Su conocimiento sobre estos temas era extraordinario, dos años antes, impartía un ciclo de 16 conferencias en el Ateneo de Costa Rica, acerca de hombres de América: Sarmiento, Martí y Emerson.

José Albertazzi Avendaño registró su asistencia al Ateneo y anotó en su Diario: sobre Martí admirable!

La Escuela Normal de Costa Rica, instalada en la ciudad de Heredia, se convertiría en otro de los espacios idóneos y centrífugos del ideario Martiano. Allí, como recuerda Francisco Zúñiga, don Joaquín fundó la Cátedra de Literatura Infantil. A su lado Carmen Lira enseñó también literatura infantil; ambos asumieron las tareas de difundir la vida y obra de Martí; entre los maestros y éstos a los niños y jóvenes. Así, el círculo de consumidores tendió a ampliarse y abarcar en su interior a más de un sector o clase social. Es decir que se movió en dirección de la heterogeneidad.

Por último, señalo la tarea de más largo aliento realizado por García Monge. En 1942 recordada la presencia de Martí en la «**Repertorio Americano**», calificándola como de la mayor importancia y de seguido precisaba:

es mucha la devoción que le profesó a José Martí, el caso ejemplar y saludable de su vida y de su obra. He anhelado que América la suya, arrime el oído al corazón de Martí y coja su voz monitora...es uno de los seis o siete profetas conductores de la América Hispana. (Monge, 1942:64)

Dicha revista se convertiría en tribuna y cátedra del ideario de Martí.

A comienzos de los años cincuenta desde México Raúl Cordero Amador, escribía un artículo sobre la obra poética de José Martí el cual contiene esta dedicatoria: «Para el maestro don Joaquín García Monge, quién me señaló el camino hacia Martí». Revelación que muchos americanos podían suscribir sobre los trabajos de García Monge del homagño cubano.

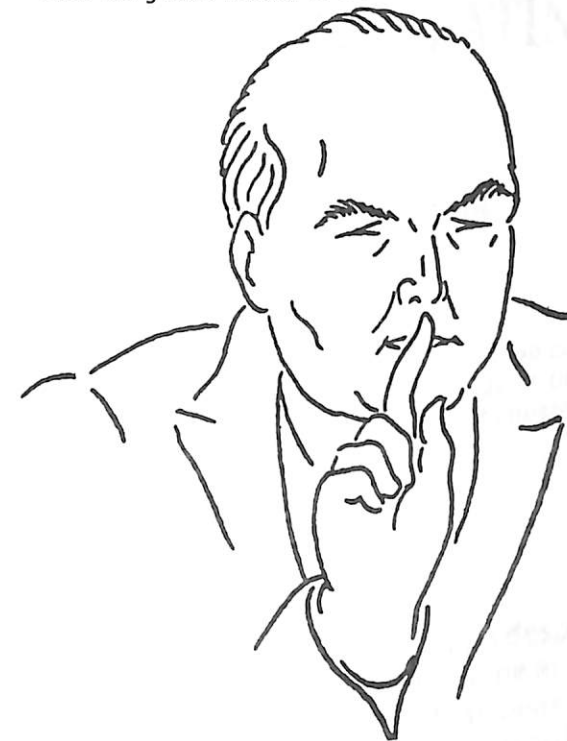
Un lector descuidado podría juzgar que las referencias a Martí en Repertorio Americano son alusiones como apóstol, héroe y mártir, elevado a la categoría de santo, en suma, una visión mistificada; cobijada en la tolerancia, como principio del editor. No obstante, sin desconocer esas páginas, están aquellas multiplicadas, donde se rescata a Martí humano y ponen énfasis en el estudio de su obra de escritor en verso y, en prosa, de pensador de los problemas americanos.

Sus páginas ayudaron a la reinstauración de Martí en el sitio que le corresponde.

No olvidemos que esta última tarea está estrechamente ligada a dos hispanoamericanos: el español Miguel de Unamuno y el nicaragüense Rubén Darío, dos plumas con presencia permanente en Repertorio Americano, (Iduarte, 1951: 18) a los que con el paso de los años se unieron martianos tan destacados como Roig de Leuchschsenring, Félix Lizano, Juan Marinello y entre los costarricenses destacan en hojas de la Revista: Roberto Brenes Mesén, Rómulo Tovar, Juan Carazo, Ulises Delgado y Octavio Jiménez quién se nos presenta como el más ferviente martiano por el acercamiento y asimilación de su ideario que le permitió captar los problemas más apremiantes de su contemporaneidad, sus escritos en favor de lo nacional; su lucha contra los monopolios de toda clase, su crítica social debe mucho a Martí.

En 1954 don Joaquín corona su labor, con una sagaz observación: «Pongamos a nuestros próceres a caminar. Sus consejos, sus testimonios debemos consultarlos a menudo. A ver si nos ayudan a explicar nuestra historia, la pasada y la nueva, de no con estos trastornos mentales que el mundo vive, seguiremos en nuestra América en la misma: sin brújula y cojeando».

La magna figura de Martí, a la que García Monge ha contribuido a enaltecer con su entusiasmo y una devoción sin par entre nosotros, es de destacar en esta hora centenaria de las visitas de José Martí a Costa Rica.



Joaquín García Monge

